

«Nos vamos a tener que comer las cabras»

Setecientos parados en Jodár, un pueblo de Jaén que ha visto las depuraciones políticas y las depuraciones de la emigración

Gregorio R. 1111

(Enviados especiales/D16). — En Jodár (municipio de Jaén), la tierra fértil está controlada por cuatro caciques. Lo otro, el poco terreno árido y marginal, donde crecen a duras penas las alcáparras, se lo reparten como pueden entre las familias campesinas restantes. Las subvenciones, cuando llegan, son escasas y de coyuntura, para tapar agujeros y arrinconar la miseria. Así, "las visitas bien", los turistillas de la sonrisa beatífica, dirán que se trata de un pueblo "típico, de gente hospitalaria, alegre y feliz". Pero los braceros de Jodár ya están hartos de tópicos y han empezado a rebelarse. El pasado 30 de abril se echaron a la calle y a punto estuvieron de pegarse con la Guardia Civil. Después, hace algunos días, se fueron al gobernador para exigirle "soluciones rápidas a la situación catastrófica creada en nuestro pueblo por el paro existente que hace que en algunos hogares se esté pasando hambre".

Setecientos campesinos parados

El paro afecta en estos momentos a setecientos hombres y gran parte de la juventud femenina. Las pocas mujeres jóvenes que han conseguido trabajo, cobran doscientas pesetas por día. Sin seguro ni protección alguna.

Se especula con la posibilidad de que el paro sea total dentro de dos semanas, "ya que éste es el plazo que calculamos va a durar la recogida de la alcáparra, pues esta campaña ha sido bastante pobre".

"Este año —señalan— el paro se ha visto aumentado porque en varias haciendas del olivar no se han hecho las labores correspondientes, principalmente la cava."

La situación llegó a agravarse más, cuando fueron despedidos los obreros que trabajan en fincas particulares. "Es triste reconocer —afirma Juan García, campesino— que muchas personas hayan tenido que depender de la recogida de

la alcáparra, como único medio de vida."

"Por todo ello —sigue— y para evitar que la situación llegue a límites de desesperación, pedimos que se ponga en marcha urgentemente un plan para combatir el paro."

El dinero de los emigrantes

Los propios trabajadores se preocuparon de confeccionar una serie de alternativas laborales que enviaron por escrito al gobernador civil. En tal relación, además de sugerir el inicio de las obras de saneamiento y urbanización del pueblo, se incluía la instalación de alguna industria. "Pedimos —decía el escrito— la creación de una papelera; puesto que aquí existe suficiente materia prima, como el esparto y albardín, y hay suficiente agua, productos químicos y buena red de comunicaciones."

Solicitan, asimismo, que se tengan en cuenta los yacimientos de sales existentes en la zona, de gran riqueza e importancia, y que el esfuerzo inversor de las entidades locales de ahorro se centre más en la creación de puestos de trabajo. "Que el dinero de nuestros emigrantes —concluyen— y el sacrificio de éstos, recaiga en beneficio de su pueblo y no en otras zonas industrializadas que, además de producir desequilibrios regionales, generan conflictos sociales."

Exilios

Este fue, en Jaén, uno de los pueblos más depurados al terminar la guerra. Primero, los fusiles eliminaron toda discrepancia. Luego, sus políticos echaron a casi medio pueblo fuera. A Madrid, Barcelona, Francia, Alemania. Esta segunda purga fue más sutil y silenciosa, pero no menos cruel. Obedecía a unas leyes económicas que los campesinos del pueblo juran no haber hecho, y que les ha dejado peor de lo que estaban.

"Nos obligaron a emigrar —dice Eliodoro, que lleva quin-

ce años en Francia—, pero no lo hicieron de una forma decente. Nos mandaron como a borregos. Señores a quien no conocíamos de nada, que lo habían dispuesto así."

Pero hay otra emigración breve y fantasmagórica. La que en el pueblo llaman "del cuervo". Protagonistas de ella son, nuevamente, los expoliados del sistema. Temporeros que en época de recolección levantan sus casas y se marchan por un mes o dos, depende de como venga la cosa, a los latifundios de otras provincias andaluzas.

Este proceso inmigratorio no dura más allá de cuatro o cinco meses al año. Primero, la aceituna. Luego, el tomate en Almería y Murcia, y, finalmente, la vendimia en Francia y Ciudad Real.

"Nos vamos a tener que comer las cabras"

En el barrio La Chacha, todas las casas son iguales. Blancas y casi de papel. Allí confinaron hace unos años a los que vivían en las cuevas. De pronto, les sacaron de sus agujeros y los metieron en otros. Se pensaría entonces que estas otras cuevas del barrio La Chacha quedan como más rutilantes, y que se las nota menos su condición de cuevas ubicadas en los desniveles de las faldas de un monte pedregoso. Parece como si alguien se hubiera empeñado en instalar allí un museo viviente, uno más de la España intemporal y miserable. Aquí hay escoria para dar y vender.

"Como le dice Curro al juez: 'Si son ustedes los que nos están obligando a que les robemos.' Porque, claro, si mi hijo me dice: 'Papá, tengo hambre', y otra vez: 'Papá, ¿qué hay pa cenar?', y así un día y otro día, al final se le inflan a uno los cojones y se lleva por delante a quien sea." Habla Luis Vilches Moreno, cuarenta y dos años, parado, una pierna rota, ocho hijos y cinco cabras.

"El mismo día que me rompí la pierna —dice— iba yo a trabajar a los pinares. Ahora

no me quieren pagar nada porque dicen que no es accidente laboral, y como no tengo seguro..."

"Nos vamos a tener que comer las cabras —prosigue—, porque si no, nos vamos a morir de hambre. Pero ¿y cuando se terminen las cabras, qué? Sólo tengo cinco."

Dos meses de trabajo

"El trabajo está malísimo, de espanto. Peor por el clima. Si quieres la aceituna, te tienes que ir del pueblo. Yo suelo trabajar dos meses al año."

Luis Vilches cojea y va apoyado sobre un bastón que él mismo se hizo: "¿Que qué comemos?, pues mire: ¿para qué le vamos a decir que carne, si no es verdad...? Un caliente..., garbanzos... Uno o dos platos al día."

—¿Y quién cree usted que tiene la culpa de esto?

—¿Que quién? ¡Rediez!, y qué torpe es usted. Está claro. Si otro tiene veinte millones y yo no tengo nada, no creo que la culpa sea mía.

Primera manifestación

La del 30 de abril fue la primera manifestación después de cuarenta y tantos años. Juan García López lo cuenta así: "La cosa empezó porque en los trabajos que podían hacer los hombres y las mujeres, sólo las cogían a ellas. Esto es lógico aquí, porque se las explota mejor y son más manipuladas. Entonces, los hombres que se tenían que quedar a hacer las faenas propias de la casa, empezaron a mosquearse. Después ocurrió lo de los pinares. Había bastante trabajo para muchos, pero sólo dieron a unos cuantos. Alguien dijo: 'O trabajamos todos, o ninguno.' La manifestación fue espontánea y general. Vinieron cantidad de civiles, que nos apuntaron con las metralletas, y sólo faltó el canto de un duro para darnos a golpes con ellos. Y es que Jodár —dice—, como otros muchos pueblos de Andalucía, ha sido la cantera fácil de mano de obra."